

Espías

Luis Fernando Rangel Flores

Universidad Autónoma de Chihuahua

ORCID: 0009-0000-4666-4441

CUANDO ERA NIÑO, ENCONTRABA FASCINANTE LA BIBLIOTECA DE PAPÁ, un maestro jubilado que se limitaba a renegar del mundo mientras tomaba café y leía el periódico durante el desayuno. Daba un sorbo, arrugaba la frente y levantaba las cejas, luego decía cosas que yo no podía entender: la economía, la política, la sociedad... todo estaba mal. Se llevaba las manos al poco cabello que tenía, blanco y enjuto, para suspirar y después daba otro bocado. Verlo me hacía pensar en que escondía un secreto y seguramente lo que ocultaba estaba resguardado entre sus libros.

Esa biblioteca, según me contaba mi madre, era uno de sus bienes más preciados y comenzó a construirla durante la universidad. En ese entonces, cuando se conocieron, papá compraba libros de segunda mano en las tres librerías icónicas de la ciudad. Luego, con su sueldo de maestro universitario, comenzó a adquirir libros nuevos de editoriales económicas y algunas un poco más caras, pequeños lujos que justificaba bajo el pretexto de leer los estudios introductorios y porque la calidad de los materiales de producción era mejor. Pronto llegaron las ediciones especiales, libros rarísimos o antiguos, primeras ediciones o libros autografiados, algunos tan caros que mamá renegaba cada vez que se enteraba de una nueva compra. Él alegaba, para aminorar la culpa, que se trataba de una inversión, porque algún día esos libros valdrían una fortuna más grande que la que pagó.

Por eso, desde los diez años mantuve la afición de husmear en cada librero durante las noches buscando los secretos del mundo. La biblioteca se me presentaba como algo inmenso, como un tesoro valiosísimo. Con mi pijama sentía que estaba disfrazado de espía internacional —como esos a los que papá culpaba de todas las desgracias— y me dedicaba a robar libros. Luego, en silencio, los llevaba hasta mi cuarto y los repasaba con cuidado. Pensaba que eran los secretos de Estado más importantes de cada país. Por eso temía que me descubrieran, que algún día mi padre entrara a la biblioteca y me encontrara con un libro en las manos. En-

tonces yo lo tiraría al piso para negar mi participación en las conspiraciones que mantenían al país hundido en la miseria. Mi padre solía atribuirles todos los males a los norteamericanos y yo diría eso.

Papá, yo no hice nada, fueron los gringos, me defendería.

Pero nunca sucedió.

Me limité a aventurarme de vez en cuando en la biblioteca y buscar en los libreros. Papá nunca supo de aquello. En mis manos llegué a tener el botón rojo que podría detonar el mundo: romper el hielo y comenzar la Tercera Guerra Mundial.

A veces, mientras leía, me preguntaba qué sucedería si cada país cambiara su ejército por un equipo de fútbol y las guerras se disputaran en torneos internacionales. Abría un libro y en mi mente se daba el silbatazo que comenzaba el partido. Los rusos corrían con la pelota y los gringos preparaban la defensa. Papá siempre decía que los brasileños y los argentinos dominaban la pelota, pero no el mundo; al mundo lo dominaban los rusos y los gringos; los chinos, últimamente; y de vez en cuando algún país de Europa, pero nunca los alemanes. Yo imaginaba la tensión del árbitro a dos minutos de pitar el silbatazo final y ver el marcador cero a cero. ¡Qué terrible mandar a tiempo extra! Antes de los penaltis, me gustaba pensar en los goles que no fueron: imaginar todas las posibilidades y pensar lo que hubiera ocurrido si el balón desviado, apenas acariciado por el viento, en lugar de golpear el travesaño, hubiera golpeado el fondo de la red.

Mientras corría el primer tiempo, me gustaba abrir un libro de cuentistas rusos o una antología de poemas orientales. Pensaba en cómo caía la nieve, la imaginaba como un montón de plumas o pedacitos de nube llenando de cielo la tierra. Recordé que la única vez que vi nevar me lancé al suelo para dibujar la silueta de los ángeles y estar cerca de ellos. Sin embargo, en uno de los libros leí que a veces del cielo caía fuego y ceniza. Por eso recordé la tristeza de Nagasaki tras la caída de una bomba que derrumbó el cielo y cimbró la tierra. En el segundo tiempo, abría un libro que hablaba sobre la maravilla de la vida, sobre la experiencia y celebrarse. Me gustaba pensar que todos los gringos deberían de ser iguales: amar la vida y al final de sus días saber que vivieron bien, sin rencores o culpas, sino con una despedida para contener multitudes. En ese entonces, yo no sabía sobre las invasiones norteamericanas en algunos países, que ocurrían mientras mis padres veían televisión en la sala.

La biblioteca de papá también era una ciudad. Mejor dicho, era un país. Tenía su bandera, su himno, sus leyes y sus paisajes; pero no tenía petróleo, por eso nunca llegaron los norteamericanos. Al fondo de la biblioteca, enmarcada, la bandera: una playera de fútbol autografiada por uno de los porteros del equipo universitario. En el tocadiscos, un disco con corridos de caballos que mi padre entonaba a diario, como el himno de lucha y orgullo. En la mesa del centro, un libro de poe-

sía siempre abierto: dictando la palabra sagrada. Y los libreros, inmensos, alzándose sobre todas las cosas; altos, como las paredes de un templo.

Me gustaba mucho jugar en la biblioteca de papá porque era como un espía que vivía entre los dos países en guerra. En aquel entonces las cosas marchaban mejor. No tenía que preocuparme por nada. Después de un tiempo, olvidaba el conflicto en el mundo y me limitaba a jugar en el patio. Solo tenía que esforzarme en agradecerle a los adultos, ser un buen estudiante y recitar los poemas que a mi padre le gustaban. Mi mayor preocupación era abrir bien la boca para decir “A mí de niño me seguía el sol”. Sonreía para que todo mundo aplaudiera y que mis padres se sintieran orgullosos. Salía a la calle para correr tras la pelota y anotar mil goles. Lo cierto es que nunca fui un buen futbolista y nunca gané un concurso de declamación. En

la preparatoria fue cuando descubrí mi verdadera vocación, que a los ojos de mi padre era un acto suicida. Atrás quedaron los videojuegos y la carrera por huir del sol en los niveles desérticos de *Super Mario Bros 3*. Tomé la decisión más importante de mi vida y me matriculé en la licenciatura en letras. Luego conocí el amor o, al menos, algo que se le parecía. Después me olvidé del fútbol y del espionaje. La selección nacional nunca lograba ganar el juego de cuartos de final y el quinto partido era un sueño que se repetía cada cuatro años. En cada Mundial nos prometíamos que el siguiente sería el bueno, porque vendrían mejores jugadores y mejores directores técnicos; también cada sexenio decíamos lo mismo de los presidentes y del rumbo del país. El muro de Berlín había caído muchos años atrás y ya nadie bromeaba sobre el espionaje, que era mucho más común que en esos años.